

Diálogos y cuidados entre mujeres y jóvenes frente a la violencia política

Daniela Toledo Vásquez
Mónica Rocha Medina

Cuadernos metodológicos
N°2

Cuadernos metodológicos N°2

Diálogos y cuidados entre mujeres y jóvenes frente a la violencia política

Daniela Toledo Vásquez
Mónica Rocha Medina



CENTRO DE ESTUDIOS POPULARES

Con el apoyo de:



El contenido de la publicación es responsabilidad exclusiva del Centro de Estudios Populares y no refleja necesariamente la postura de la Fundación Rosa Luxemburg. Esta publicación es financiada con recursos de la FRL con fondos del BMZ (Ministerio Federal para la Cooperación y el Desarrollo Económico de la República Federal de Alemania). Esta publicación o algunas secciones de ella pueden ser utilizadas por otros de manera gratuita, siempre y cuando se proporcione una referencia apropiada de la publicación original.

Presentación

Desde el 2023, en el Centro de Estudios Populares (CEESP) hemos comenzado a trabajar la temática de violencia política con la convicción de que el concepto actual en Bolivia es insuficiente para abarcar la realidad que atraviesan miles de hombres y mujeres en terrenos políticos organizativos que exceden a lo partidario.

Hoy, la comprensión dominante de la violencia política está muy ligada a la Ley N° 243, que solo abarca a las mujeres autoridades como sujetas que pueden ser víctimas de este tipo de violencia. Sin embargo, en la realidad el ejercicio político va más allá de lo político partidario y la función pública.

Al mismo tiempo, la violencia política se ha entendido casi siempre como violencia estatal directa y abierta hacia oponentes políticos, lo que invisibiliza múltiples otros mecanismos de este problema. Si bien la violencia política sí operó desde el Estado desde hace muchísimo tiempo, es cierto que, la memoria inmediata nos remite a los últimos años durante el gobierno progresista del MAS, donde se recrearon formas de violencias que operaron contra organizaciones sociales y actores contestatarios. Incluso, esta violencia ha ido más allá, generando mecanismos propios que se han reproducido al interior de las organizaciones sociales.

En este caminar de dos años, hemos trabajado con mujeres sindicalistas de Bolivia, mujeres productoras del Valle Alto de Cochabamba y también con mujeres guaraníes de la zona del Chaco boliviano, todas diferentes entre sí pero con experiencias comunes que las atraviesan como sujetas políticas, es decir, como mujeres implicadas en sus organizaciones, que siendo líderes o no, atraviesan violencias sutiles y comunes que son difíciles de clasificar y, sobre todo,

difíciles de nombrar por lo profundo que calan y por la sofisticación de las acciones que provocan daño.

Estas violencias son tan dolorosas que abordarlas ha requerido un esfuerzo minucioso que cuide los tejidos de las mujeres que nos han compartido sus experiencias y cuiden también sus y nuestras propias sensibilidades.

Este boletín es fruto de ese esfuerzo metodológico. Es una invitación a mirar de frente la violencia política y, al mismo tiempo, a poner los cuidados en el centro de nuestra narrativa.

Poner la vida en el centro

El CEESP propone una perspectiva de “poner la vida en el centro” que ha emergido desde la experiencia y los diálogos¹ que hemos acompañado y de los que hemos sido parte. Esta perspectiva no solo define nuestro enfoque investigativo, sino que define también nuestras prioridades de investigación: centrarnos en acciones que sostienen la vida y los cuidados en lo cotidiano, en las organizaciones sociales, en los espacios comunitarios y colectivos.

Adoptar esta mirada significa crear el espacio necesario para conectar la investigación, la producción académica y resaltar la vinculación necesaria entre ética y política. De tal manera que los conocimientos sean herramientas útiles para los tejidos sociales y contribuyan a fortalecer, mejorar, mantener y transformar prácticas que reproducen la vida y sostienen los vínculos sociales.

Para que esto sea posible, nuestra aproximación metodológica requiere de flexibilidad y adaptabilidad, reconociendo que nuestro hacer va más allá de lo meramente racional. Es decir, investigar poniendo la vida en el centro implica aceptar la vulnerabilidad al tocar y ser tocado. Nuestro interés está puesto en tocar con cuidado, consideración y reconocimiento las particularidades de cada proceso y temática, entendiendo que cada proceso implica un esfuerzo distinto desde el equipo y una sensibilidad específica, que depende de varios

factores, como el contexto social, económico, de nuestras propias cargas a la hora de poner el cuerpo en la investigación y de las propias cargas que enfrentan los grupos con quienes hacemos tejido.

En otras palabras, poner la vida en el centro es reconocer que la investigación no es un ejercicio distante o neutral; es un compromiso ético y político que nos interpela como personas y como equipo, donde cada encuentro, diálogo y experiencia compartida es también una oportunidad de cuidar, revisar, aprender, desaprender y sostener la vida.

Poner los cuidados en el centro de la vida

De forma casi natural, el poner la vida en el centro nos ha llevado a pensar en los cuidados como el punto neurálgico desde el que se articulan todos los elementos de esta mirada. Este enfoque se volvió especialmente relevante al abordar la violencia política.

Las mujeres con quienes hemos explorado la violencia política vivieron experiencias violentas, algunas muy abiertas y evidentes, mientras que otras fueron muchas veces difíciles de identificar por su sutileza y sofisticación. Esta complejidad genera dificultades para identificar y nombrar la violencia dentro del marco de “violencia política”. Este ha sido uno de los principales retos a los que nos hemos enfrentado como equipo. ¿Cómo hablamos de una violencia que se enmascara en lo profundo de las estructuras patriarcales y coloniales limitando la participación social y política a veces de manera casi imperceptible? ¿Cómo hablamos de actos sistemáticos que nos han dolido, que incomodan y ocupan espacio en nuestras vidas pero que no hallamos cómo nombrar?

Para responder a este desafío, hemos ensayado una metodología sensible, atenta a las sensaciones y reacciones de nuestros cuerpos y los cuerpos de las mujeres con quienes hemos realizado el trabajo. Una metodología que permitiera explorar las sensaciones, impresiones y experiencias que emergen al hablar de violencias políticas desde la propia vivencia.

El reto de poner los cuidados en el centro de la vida ha significado volver a lo básico y avanzar a paso lento, con los oídos bien abiertos para escuchar y la atención bien despierta para captar todo lo que nos compartían para luego digerir reflexivamente todo ese contenido, con cuidado, respetando las historias contadas como los procesos de quien escucha.

Asimismo, ser cuidadosxs y consideradxs con lo que nos han planteado nos ha desafiado a ser flexibles en la forma de compartir nuestras impresiones y reflexiones sobre violencia política. Tomando en cuenta que no se trata de imponer categorías, sino de reconocer las experiencias, construyendo conocimiento que surge y se valida a través de la confianza, el diálogo y el cuidado mutuo.

Poner los cuidados en el centro no es solo un principio metodológico, sino que es un compromiso ético y político que atraviesa nuestro trabajo, orientando nuestros pasos investigativos y buscando fortalecer los vínculos que hacen posible visibilizar las violencias y sus impactos de manera respetuosa y transformadora.

Metodología de escucha y confianza

Este boletín es fruto de un proceso² de validación de las reflexiones sobre violencia política que hemos plasmado en el libro “Violencia Política contra la reproducción de la vida. El poder desde abajo”, hemos realizado tres grupos focales, distintos todos entre sí, cada uno aportando perspectivas únicas sobre la violencia política. Estos se llevaron a cabo en los meses de julio y agosto de 2025 con estudiantes universitarios de la carrera de Psicología de la Universidad Mayor de San Simón, un grupo de mujeres sindicalistas de la RMTS y otro con mujeres del Valle Alto de Cochabamba.

Cada espacio requirió una aproximación adaptada a sus características y experiencias, pero todos compartieron un elemento central: la necesidad de espacios de confianza y de escucha respetuosa. Estos espacios no solo implican voluntad de trabajo para que así sea, sino

que responden a una necesidad de proximidad que se ha identificado en los procesos previos de trabajo sobre la temática.

En el caso de las mujeres sindicalistas de la RMTS, la “charla entre amigas” fue el espacio para compartir estas claves. El crear espacios de confianza requiere de relaciones sostenidas en el tiempo donde las personas puedan expresar su parecer sin sentir que se juzga; a la vez que opiniones que pueden ser consideradas antagónicas son escuchadas con respeto. Es en estos espacios donde se puede nombrar aquella violencia para la que no tenemos palabras inmediatas.

Estos espacios íntimos, rara vez validados como espacios válidos para la investigación social tradicional, son disparadores de conocimiento, porque al compartir experiencias personales cada participante retroalimenta sus saberes, elabora sus sentires y enriquece la propuesta de violencia política que se trabaja desde el CEESP.

En el caso del Valle Alto, también se generó un espacio cercano y de confianza. Aunque el tenor de la reunión fue bajo lo que se denomina análisis de coyuntura. Inevitablemente, las mujeres articularon la situación nacional y local a sus propias experiencias cotidianas, ligadas en este tiempo especialmente a la crisis económica, política y social que atraviesa Bolivia y que afecta con mayor fuerza a personas de sectores populares. La reflexión también llevó a un lugar íntimo de reconocimiento de su propia valía tanto en términos individuales como colectivos y las transformaciones que cada una hace en los diferentes espacios de vida cotidiana, así como de las violencias que atraviesan esas experiencias.

Por su parte lxs estudiantes, rápidamente asociaron los mecanismos de fragmentación y disciplinamiento a su experiencia como dirigentes universitarios y cómo esta violencia viene sobre todo del sector docentes y de las formas de organización política presentes en la universidad.

En estos encuentros quedó en evidencia que la amistad tiene una dimensión altamente política, que va desde politizar el vínculo hasta las reflexiones sobre las experiencias cotidianas en los espacios organizativos, las dinámicas de poder y su visibilización, así como los desafío que enfrentan mujeres y jóvenes en su vida cotidiana y política y, también, los desafíos propios del hacer política entre mujeres.

En conjunto, la metodología de escucha y confianza nos permitió aproximarnos a la violencia política desde la experiencia situada, reconociendo las sutilezas, los silencios y las resistencias que atraviesan la vida de las mujeres y jóvenes con quienes trabajamos.

Ponerle voz a los dolores y cuidar la herida

Un hilo común que une a todas las experiencias compartidas desde los diferentes espacios es la sensación de malestar, dolor, rabia y, sobre todo, la dificultad de nombrar lo ocurrido como violencia. Esto evidencia que ponerle un denominativo a estas experiencias facilita poder nombrar ese malestar de alguna manera.

“¡Ah claro! Esto es violencia política también”, fue una de las frases más repetidas en los encuentros. Esta frase revela un desafío central: ¿Cómo reconocemos las violencias y cómo las categorizamos?

Como ya se había mencionado, en Bolivia, la violencia política se relaciona casi de inmediato con la Ley N°243, “Ley contra el acoso y violencia política hacia las mujeres”. Esta ley nace como respuesta a una serie de situaciones de acoso y violencia vividas por mujeres en el ejercicio político que llamaremos “oficial”, es decir como autoridades, y busca consolidar la igualdad de género en diferentes niveles de decisión. Sin embargo, en la práctica, sus criterios resultan abstractos y difíciles de aplicar, dejando gran parte de las experiencias de las mujeres fuera de su alcance. Las características que una acción tiene para ser catalogada como violencia son muy abstractas y dependen de cada funcionario/a y de su criterio. Esta situación reiterativa siempre provoca incomodidad, pero como suele ampararse en la norma, deja

un sabor de malestar que se acepta con resignación o se deja pasar, quedando como una experiencia más de impunidad.

Desde el CEESP, apostamos por desmenuzar ese malestar. Lo abordamos como un ejercicio que profundiza la categoría de violencia, concebida como posicionamiento político de cuidado. Analizamos qué áreas de la vida son afectadas por el dolor ocasionado por la violencia política y cómo es que esta se valida y naturaliza en la sociedad en la que vivimos, sostenida por las estructuras patriarcales, capitalistas y coloniales que perpetúan estas dinámicas en nuestras vidas.

Ponerle voz a los dolores en confianza y con cuidados es también una forma de limpiar las heridas para sanar y avanzar. Para ello, hemos trabajado priorizando la comprensión del escenario: de dónde y de quién vino la violencia, cuál era el fin, qué sensación provocó y cuál fue el impacto en la organización y sobre las mujeres.

Estas preguntas básicas permiten deshilar el enredado ovillo de las violencias que no nombramos pero que afectan nuestras vidas de manera profunda y cotidiana.

Diálogos con jóvenes como germen

Esta metodología también fue útil en los espacios con quienes no trabajamos directamente, pero de quienes queremos oír impresiones que permitan enriquecer el trabajo realizado. El ejercicio de compartir esta lectura con jóvenes universitarios es una apuesta por la colectividad y las semillas de transformación que se están gestando en diferentes contextos del país.

El trabajo con estudiantes de Psicología se basó en el diálogo y la reflexión conjunta, basada en la pregunta, identificando que muchos de los problemas presentes en organizaciones sindicales o de mujeres también se reproducen en sus propias estructuras organizativas. Esto muestra que las formas de ejercicio de poder y sus mecanismos se repiten, independientemente del contexto. La división y la confrontación entre sectores son fenómenos que atraviesan distintos

espacios de participación, y los jóvenes comienzan a reconocerlos desde sus experiencias.

Para ellos, estas claves pueden ser nuevas en términos teóricos, pero no en cuanto a vivencias. A través de diálogos, los estudiantes pudieron visibilizar patrones de poder y control, reflexionar sobre las dinámicas internas y conectar sus propias experiencias con los aprendizajes extraídos de otros contextos. Así la investigación se convierte en un proceso compartido, donde la experiencia de unos alimenta el conocimiento de otros y se siembran nuevas prácticas de cuidado, atención y transformación social.

Violencia política como herramienta interpretativa

Desde el equipo del CEESP entendemos la violencia política no como un concepto cerrado o una definición estática, sino una herramienta interpretativa. Esta perspectiva permite comprender un conjunto específico de prácticas y dinámicas que operan en el contexto boliviano actual, muchas veces invisibles o naturalizadas.

Como equipo asumimos que no buscamos establecer una definición conclusiva, sino emplear la violencia política, como un instrumento analítico que ayude a explicar el momento presente. Su utilidad radica en que permite visibilizar formas de violencia que no siempre se ejercen mediante la represión física directa, sino a través de mecanismos más sutiles de disciplinamiento, control y exclusión, que afectan la participación social y política de mujeres, jóvenes y actores sociales diversos contestatarios.

Desde esta perspectiva la violencia política deja de ser únicamente un asunto de legislación o de casos visibles de violencia, y se convierte en una clave interpretativa que permite examinar cómo los vínculos de poder, las estructuras sociales de dominación se reproducen, naturalizan y se ocultan en la vida cotidiana. En todo caso, la categoría de violencia política se convierte en una herramienta flexible que sirve para analizar, dialogar y comprender los efectos de las violencias en los

cuerpos y en los tejidos sociales, iluminando aquello que se esconde bajo las sombras.

El horizonte al que caminamos

La experiencia del trabajo con las organizaciones sociales nos ha llevado a reconocer la complejidad de las experiencias, las sutilezas de los daños, pero también su persistencia y la importancia de los procesos de cuidado como aspecto metodológico, ético y político. Nombrar la violencia y sacarla de su lugar silenciado e impune es un acto político y ético. Esto quiere decir que la investigación está estrechamente vinculada con el hacer político.

En este sentido, el horizonte que perseguimos no es un destino final sino un camino de transformación y justicia social. Buscamos generar espacios donde mujeres, jóvenes y voces críticas sean escuchadas, visibilizadas y donde las experiencias que se traducen en prácticas que sostienen la vida puedan reproducirse.

Este camino implica reconocer que las estructuras de poder y control se reproducen en diferentes contextos y de diferentes formas, y que solo desde lo colectivo, la reflexión crítica y el cuidado mutuo podemos comenzar a desarmar patrones de violencia. Los espacios de reflexión, la escucha colectiva y los espacios de confianza se convierten en germen de cambio para sostener nuevas formas de organización, colaboración y cuidado y esto, también es político.

Notas al final

¹ [CEESP \(2024\) “Poner la vida en el centro: un camino de investigación-acción. Reflexiones metodológicas y epistémicas del trabajo que venimos construyendo”.](#)

² Resaltamos que el proceso de trabajo alrededor de las violencias políticas ha tenido distintos momentos. Uno, donde hemos trabajado de cerca, ensayando las mismas claves de cuidado, compromiso y consideración con las mujeres y organizaciones a quienes hemos acompañado, y otro, que es el proceso de validación, sobre el cual reflexionamos metodológicamente en este espacio.

Este trabajo propone una comprensión ampliada de la violencia política que va más allá de la legislación vigente y las formas evidentes de represión estatal. A través de una metodología basada en la escucha, la confianza y el cuidado mutuo, se exploran las experiencias de mujeres sindicalistas, productoras y jóvenes universitarios en Bolivia, visibilizando formas sutiles pero profundas de violencia que operan en espacios organizativos y cotidianos. El texto ofrece la violencia política como herramienta interpretativa para comprender mecanismos de disciplinamiento, control y exclusión que afectan la participación social, poniendo la vida y los cuidados en el centro de la reflexión. Esta perspectiva busca no solo nombrar los dolores silenciados, sino generar espacios de transformación donde las voces críticas sean escuchadas y las prácticas que sostienen la vida puedan reproducirse como acto político de resistencia y cambio social.



CENTRO DE ESTUDIOS POPULARES

Con el apoyo de:

OFICINA REGIÓN ANDINA
ROSA LUXEMBURG STIFTUNG

